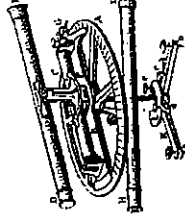


nuevo símbolo. Este símbolo presentará una opción para que se produzca un movimiento hacia adelante que incluye una parte de cada opuesto —no simplemente una solución de compromiso, sino una amalgama que producirá una nueva actitud por parte del yo y una nueva cualidad de relación con el mundo—. Este proceso puede ser observado cuando alguien crece, tanto en terapia como a través de la experiencia de la vida; a medida que supera sus conflictos, asume nuevas personas, e integra partes del sí mismo que anteriormente resultaban inacceptables.

La gente cambia durante una terapia y a lo largo del desarrollo de una vida. La persona, como herramienta de adaptación, posee un gran potencial para el cambio. Esta puede volverse más y más flexible cuando el yo está dispuesto a modificar viejos patrones. Las historias como la del Dr. Jekyll y Mr. Hyde describen una separación tajante entre la persona y la sombra. En esas historias no hay ninguna integración, solo existe una fluctuación constante de un opuesto a otro. Los roles y los impulsos de la sombra son literalizados, actuados sin que aparezca una *función trascendente* que traiga consigo la integración de esos opuestos. Uno se puede preguntar cómo son esas personas en la vida real que no logran integrar semejantes opuestos. En algunos casos, el lado oscuro puede ser tan extremo y estar tan cargado de energía que su integración a cualquier tipo de persona socialmente aceptable resulta imposible. Hoy en día la única solución a ese problema reside en la medicación psicotrópica que logra amortiguar considerablemente el inconsciente e inhibir las fuentes de poder de la sombra. En otros casos, el yo es demasiado inestable y débil como para moderar su impulsividad y permitir la constelación de la función trascendente.

El camino hacia la profunda interioridad

(*Anima y animus*)



En su autobiografía Jung relata una historia sobre el descubrimiento del *anima*.¹ Escribe que durante sus años de intenso trabajo interior, después de su ruptura con Freud en 1913, hubo un período durante el cual se cuestionaba a sí mismo sobre la naturaleza y el valor de lo que estaba haciendo. «¿Es esto ciencia?» se preguntaba, ¿o es arte? Anotaba sus sueños, los interpretaba, a veces los pintaba e intentaba entender el significado de sus fantasías espontáneas. En una ocasión escuchó una «voz» femenina que decía: «Es arte». Sorprendido, comenzó a dialogar con ella y paulatinamente fue reconociendo que se parecía a una paciente suya. Era por tanto una suerte de figura internalizada que también daba voz a ciertos pensamientos y valores inconscientes de Jung. En su propio yo y en su «persona» Jung se identificaba con un científico, no con un artista. Pero esta voz expresaba otro punto de vista. Sin dejar de lado la posición consciente de su yo, comenzó un diálogo con esta figura al mismo tiempo que la estudiaba. Era más que la simple imagen internalizada de su paciente. Paulatinamente, a través del diálogo, fue asumiendo forma y adquirió una personalidad más completa. «Sentía timidez

1. Jung, *Memories, Dreams, Reflections*, pp. 185-188.

ante ella, como ante una presencia invisible»,² nos dice Jung.

Para Jung esta fue una inolvidable experiencia interna del *anima* y se ha convertido en un punto de referencia clave para las manifestaciones del *anima* en la memoria colectiva de la psicología analítica. Después de Jung, muchas personas que han entrado en imaginación activa han descubierto figuras internas similares. Convencionalmente, para los hombres el *anima* es una figura femenina; para las mujeres la figura interna equivalente —llamada *animus*— es masculina. El *anima* y el *animus* son personalidades subjetivas que presentan un nivel más profundo del inconsciente que la sombra. Para bien o para mal, estas revelan rasgos del alma y conducen hacia el ámbito del inconsciente colectivo.

A lo largo de este capítulo haré referencia a esta estructura interna como el *anima/us*. Esta, al igual que la sombra, es una personalidad dentro de la psique que no coincide con la auto presentación y la identidad personal reflejada por la persona. Sin embargo, difiere de la sombra en la medida en que no pertenece al yo de la misma manera: es más «ajena» de lo que puede ser la sombra. Si la distinción entre persona y sombra es «bueno frente a malo» —aspectos de más y de menos, positivos y negativos del yo— la distinción entre «yo» y *anima/us* está marcada por la polaridad femenino/masculino. No se trata de la diferencia entre Caín y Abel sino entre Salomón y la reina de Saba.

DEFINIR «ANIMA» Y «ANIMUS»

Entre todos los aspectos de la teoría de Jung, el tema de este capítulo se ha convertido en uno de los más polémicos porque suscita profundos desacuerdos con respecto a los sexos al sugerir diferencias fundamentales en la psicología de hom-

2. *Ibid.*, p. 193.

bres y mujeres. Si bien este tema puede haber parecido tranquilo y arraigado en los tiempos de Jung, hoy en día «alborota el gallinero» e abre considerables heridas. Para algunos contemporáneos, Jung parece haber sido un hombre que se adelantó a sus tiempos anunciando y abogando por un cierto «profeminismo». Otros, en cambio, lo consideran un vocero de puntos de vista tradicionales y estereotipados sobre las diferencias entre hombres y mujeres. De hecho pienso que tuvo un poco de ambos.

En sus obras tardías, Jung se refiere a *anima* y *animus* como figuras arquetípicas de la psique. Es decir, que yacen fundamentalmente allende toda influencia de las fuerzas que moldean y dan forma a la consciencia del individuo tales como la familia, la sociedad, la cultura y la tradición. Los arquetipos no derivan de la cultura; son más bien las formas culturales (en la teoría de Jung) las que derivan de los arquetipos. Esta definición del *anima/us* como arquetipo coloca su esencia más profunda fuera de la psique misma, en el ámbito de las formas y fuerzas espirituales impersonales. *Anima* y *animus* son formas de vida básicas y son parte de la forma de todo individuo humano así como de sus sociedades. El arquetipo, según lo vimos en el capítulo 4, es un *Ding an sich* (Kant: «la cosa en sí misma»), y por ende yace más allá del rango de la percepción humana. Solamente podemos percibirlo de manera indirecta al observar sus manifestaciones.

El *anima/us*, estrictamente hablando, es una hipótesis científica sobre «algo» que existe pero no puede ser observado directamente, como una estrella desconocida cuya posición y tamaño se conocen solo por medio de las medidas de las fuerzas gravitacionales en sus alrededores. Y, sin embargo, puesto que las manifestaciones del *anima* y el *animus*, tal como las observó y describió Jung, con frecuencia se asemejan a las imágenes culturales que son reconocidas e incorporadas en hombres y mujeres tradicionales, se plantea la pregunta: ¿sería Jung víctima de sus cegueras culturales y sin darse cuenta se convirtió en un exponente de los estereoti-

pos culturales? En otras palabras, los «arquetipos» ¿serían en realidad construcciones sociales? O bien, ¿estaría Jung investigando estructuras más profundas que tal vez están arraigadas en estos patrones culturales que los trascienden y son en efecto formas universales de comportamiento y características psicológicas humanas? No responderé a estas preguntas de forma definitiva en este capítulo, pero espero lograr una argumentación que pruebe que el problema es más complicado y que el pensamiento de Jung es más complejo de lo que muchos de sus críticos han querido admitir. Mientras tanto, trataré de presentar su pensamiento con la mayor claridad posible.

Hemos de penetrar este territorio con suma cautela, tratando de aprehender paso a paso los significados que le da Jung a estos términos elusivos. Si los lugares del mapa de la psique que hemos explorado hasta ahora parecen relativamente claros y bien definidos, el territorio del *anima* y el *animus* se nos presenta a veces como una selva profunda y enmarañada. Tal vez así es como debe ser, porque aquí estamos entrando en los estratos más profundos del inconsciente, el inconsciente colectivo, el territorio de las imágenes arquetípicas en el que las fronteras se vuelven borrosas.

Antes de abordar el tema del género masculino/femenino con respecto a estos términos, quisiera señalar que es posible hacer una presentación de *anima* y *animus* sin hacer mención al asunto del género. Se puede ver el género como una característica secundaria del *anima/us*, de la misma manera que sabemos que la esencia de un objeto no está determinada por el color azul o rosado. Hay una manera abstracta, estructural, de comprender el *anima/us*. Debido a la posibilidad de hablar de esta característica de la psique como estructura abstracta, a lo largo del capítulo utilizaré la forma *anima/us*. Esto indica que se trata de una estructura psíquica común a hombres y mujeres. La terminación diferenciada en *-a* y *-us* será utilizada cuando quiera hacer referencia a los rasgos de género de este objeto interno de la psique. En tér-

minos abstractos, el *anima/us* es una estructura psíquica que *a)* es complementaria de la persona y *b)* conecta al yo con el estrato más profundo de la psique, es decir con la imagen y la experiencia del sí mismo.

Como señalamos en el capítulo anterior, la «persona» es la actitud habitual que un yo adopta para encontrarse con el mundo exterior. Es una personalidad pública y facilita la adaptación a las exigencias de la realidad física, principalmente la realidad social. Es un «complejo funcional», para decirlo con las palabras que utiliza Jung en su definición de 1921 en su libro *Tipos psicológicos*. Funciona como la piel sobre el cuerpo, aportando una barrera protectora entre el yo y el exterior. De manera similar, el *anima/us* es un complejo funcional, pero en este caso tiene que ver con la adaptación al mundo interior. «La función natural del *animus* (así como también del *anima*) consiste en procurar un vínculo entre la consciencia individual y el inconsciente colectivo; de la misma manera que la «persona» representa una suerte de estrato entre la consciencia del yo y los objetos del mundo exterior. El *animus* y el *anima* deberían actuar como un puente o puerta para las imágenes del inconsciente colectivo, al igual que la persona representa una especie de puente hacia el mundo».³ En otras palabras, el *anima/us* le permite al yo entrar y experimentar en las profundidades de la psique.

En 1921, libre de su dependencia de Freud y dispuesto a lanzar sus propias perspectivas sobre la psicología profunda, Jung publicó *Tipos psicológicos*, obra en la cual resume su nueva teoría para ese momento. En esa obra aparecieron muchos términos nuevos que fueron utilizados para definir su visión revisada de la naturaleza y la estructura de la psique. Tanto fue así que (como señalé en el capítulo 5) sintió la necesidad de incluir todo un capítulo de definiciones al final del libro. Estas son definiciones detalladas y pueden leerse a

3. Tomado del «Visions Seminar» («Seminario acerca de las visiones») de Jung, citado en *Memories, Dreams, Reflections*, p. 392.

manera de texto inicial sobre psicología analítica. Jung le da amplia cobertura a los conceptos de *anima* y *animus* en las entradas sobre «alma» e «imagen de alma». Estas definiciones, aunque algo mecánicas y simplistas, ayudan a establecer límites y dar forma a sus términos, cuando menos de la manera que los utilizaba para aquel momento.

Al abordar la definición del *anima/us*, Jung confronta esta noción con la de persona: «La “persona” tiene que ver exclusivamente con la relación con los objetos»,⁴ mientras el *anima/us* tiene que ver con las relaciones del yo con el sujeto. «Por “sujeto” entiendo ante todo aquellos vagos y velados sentimientos, pensamientos, sensaciones y desasosiegos que fluyen en nosotros sin provenir de ninguna continuidad de la experiencia consciente demostrable del objeto sino que emanan como una influencia perturbadora, inhibidora, o a veces colaboradora, proveniente de las oscuras profundidades internas». ⁵ Aquí, el «sujeto» es principalmente el mundo del inconsciente, no el yo. Este es el lado subjetivo de la psique, su base, su espacio interior. Contiene «objetos internos», por decirlo de alguna manera, llamados a veces *imagos* por Jung o simplemente «imágenes» o «contenidos». Dado que el término «sujeto», en este contexto específico, se refiere al inconsciente, podemos deducir lógicamente que «así como existe una relación con el objeto externo, una actitud externa [es decir, la persona], existe también una relación con el objeto interno, una actitud interna».⁶

Jung conviene que «es comprensible que esta actitud interna, por su naturaleza extremadamente íntima e inaccesible, sea mucho más difícil de discernir que la actitud externa tan inmediatamente perceptible por todo el mundo».⁷ A uno le resulta fácil observar el trato de un individuo con los de-

4. Jung, *Collected Works*, vol. 6, par. 801.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*, par. 801.

más, pero hace falta una mayor sutileza para poder ver cómo las personas se tratan a sí mismas. ¿Cuál es su actitud hacia el mundo interno? ¿Es receptiva y cálida (tal como puede serlo la persona), o es severa e hipercrítica? Muchos individuos generosos hacia el mundo externo son sus peores enemigos consigo mismos —sus jueces más crueles y sus más intrasigentes críticos— pero esto permanece velado detrás de una persona encantadora y altruista. O bien, puede darse que un individuo sea extremadamente juzgador de los demás mientras trata su propia vida interior con una condescendencia llena de sentimentalismo. Es necesario conocer bien a la gente antes de lograr saber cómo se trata en realidad a sí misma. ¿Se toma en serio? ¿Se trata como si fuera un niño? La manera en que alguien se siente con respecto a su propio y profundo ser interior es lo que caracteriza su actitud *anima/us*.

Más adelante en el mismo párrafo, Jung dice: «Un hombre no se dejará alterar en lo más mínimo por sus procesos internos [...] otro en cambio estará a su total merced [...] una sensación vagamente desagradable le mete la idea en la cabeza de que está padeciendo una secreta enfermedad, un sueño lo llena de lúgubres presentimientos [...]. Un hombre podrá tomarlos como algo fisiológico, otro los atribuye al comportamiento de sus vecinos, otro en cambio encontrará en ellos una revelación religiosa».⁸ «Así pues —concluye Jung—, la actitud interna [...] se correlaciona con un complejo funcional tan específico como la actitud externa. Aquellos que apañan pasar completamente por alto sus procesos psíquicos internos no dejan de tener una actitud interna típica, así como aquellos que constantemente descuidan el objeto externo y la realidad de los hechos no por ello dejan de tener una típica actitud externa».⁹

Lo anterior resume la definición estructural del *anima/us*

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*, par. 802.

presentada por Jung en 1921, en *Tipos psicológicos*. El *anima/us* es una actitud que rige la propia relación con el mundo interno del inconsciente: la imaginación, las impresiones, ideas, estados de ánimo y emociones subjetivas. Hasta ahora esto no nos dice nada sobre el contenido o sobre el género femenino/masculino de esta estructura. La definición esquemática habitual consiste en decir que el *anima* es lo femenino interno en un hombre y el *animus* es lo masculino interno en una mujer. Pero también se puede hablar simplemente de estos como estructuras funcionales que obedecen a un propósito específico con respecto al yo. Como estructura psíquica, el *anima/us* es el instrumento mediante el cual hombres y mujeres penetran y se adaptan a los niveles más profundos de su naturaleza psicológica. Al igual que la persona da la cara hacia el mundo social y colabora con las necesarias adaptaciones externas, el *anima/us* da la cara hacia el mundo interno de la psique y ayuda al individuo a adaptarse a las exigencias y requisitos de los pensamientos intuitivos, sentimientos, imágenes y emociones que confrontan al yo.

Por ejemplo, se dice de un hombre que frecuentemente se encuentra malhumorado que tiene un «problema de *anima*». «Ese anda en el *anima* hoy», le comentaríamos a un amigo. Su *anima*, en lugar de ayudar en el manejo de sus emociones, desata un estado de ánimo que se expande como un gas en la consciencia del yo y lleva consigo, pegada por así decirlo, una cantidad de emociones primarias e indiferenciadas. Es sabido que esto interfiere con el funcionamiento del yo, si no algo peor. El yo de este hombre se identifica con la personalidad *anima* que, por lo general, es hipersensible y está saturada de emotividad. Su *anima* no está desarrollada y, en lugar de ayudarlo a lidiar con un estado de ánimo abrumador, le envuelve y le hunde aún más en ese estado. Un hombre dado a frecuentes e intensos saltos de humor tiene una relación demasiado próxima con esta parte —usualmente inferior— de su personalidad. No cabe duda de que, si se trata de un poeta, como Rilke, por ejemplo, quien tuvo un problema de *ani-*

ma de primer orden, podrá hacer uso de esta relación de forma creativa. Pero puede que solo se trate de alguien descomunalmente emotivo con reacciones desproporcionadas a problemas y contrariedades de menor envergadura y por tanto psicológicamente inestable. Por lo general sus relaciones están llenas de conflictos porque tiene reacciones emocionales que son más poderosas que lo que es capaz de contener. El *anima* le agobia en lugar de ayudarlo.

De manera similar, una mujer con un «problema de *animus*» también está abrumada por su inconsciente, generalmente por pensamientos y opiniones que tienen una carga emocional considerable que la controlan más de lo que ella logra controlarlos. El efecto no difiere mucho en relación al hombre poseído por el *anima*, sin embargo en el caso de la mujer el acento suele ser más intelectual. Estas ideas y opiniones autónomas terminan por perturbar su adaptación al mundo externo porque se expresan con la energía emocional de un camorrista. Con frecuencia estas opiniones terminan causando estragos en sus relaciones porque aquellos que la rodean se sienten impelidos a crear escudos protectores cuando están con ella. Se sienten incómodos y a la defensiva en su presencia. Por más que ella trate de ser receptiva y crear intimidad, no lo logra porque su yo está sujeto a invasiones de energía disruptiva que la convierten en todo menos en ese ser cariñoso y gentil que ella desearía ser. Se vuelve abrasiva, dominada por un ansia inconsciente de poder y de control. Esto es lo que Jung llamó posesión por el *animus*. El *animus* es una personalidad poderosa y no congruente con el yo o la persona deseada. Es «otro».

Cuando los hombres están en las garras del *anima* adoptan la tendencia a aislarse dentro de sus sentimientos heridos; cuando las mujeres están en las garras del *animus* tienen tendencia a atacar. Esta es una distinción convencional entre los géneros, por supuesto sujeta a revisión a la luz de los recientes desarrollos culturales. Sin embargo, en ambos casos, sea cual sea el contenido de la «posesión», el mundo interior in-

consciente no está suficientemente refrenado, contenido, y la necesidad emocional e irracional irrumpe perturbando las relaciones normales con los otros y con la vida en general. La posesión por el *anima/us* abre de par en par las puertas del inconsciente y deja pasar todo aquello que tiene suficiente energía para cruzar el umbral. Animosidad y caprichos irrumpen y se llevan todo por delante. El control de los impulsos se reduce a su mínima expresión. Deja de haber contención de los pensamientos o de las emociones. Claro está que esto es también un problema del yo. Es síntoma de un yo insuficientemente desarrollado que no puede cargar y contener los contenidos que normalmente emergen a la superficie de la consciencia y requieren de reflexión y digestión antes de ser expresados verbal o físicamente. Sin embargo, también existe el problema de un desarrollo insuficiente de la estructura *anima/us*. Esta falta de desarrollo puede compararse con la de un músculo «atrofiado»: no tiene resistencia y no es adecuado para llevar a cabo el trabajo que le corresponde. Es típico entonces que los hombres busquen a una mujer para que les ayude a lidiar con sus emociones, y las mujeres generalmente buscarán a un hombre que pueda recibir sus pensamientos inspirados y pueda hacer algo con ellos. Así es como otros entran al ruedo de las relaciones yo-*anima/us*.

En aras de nutrir el debate, permítanme describir un desarrollo psicológico ideal (por teórico e improbable que pueda ser): Las partes consciente e inconsciente del sistema psíquico trabajan juntas en una interacción equilibrada y armónica, y esto ocurre en parte entre el *anima/us* y la persona. En este caso el yo no se ve inundado por material de fuera o de dentro sino más bien recibe ayuda y se siente protegido por estas estructuras. Así, la energía vital —libido— fluye en un movimiento progresivo hacia la adaptación a las tareas y exigencias de la vida. Este es el cuadro de una personalidad sana y con buen funcionamiento, que tiene acceso a sus recursos internos y posee destrezas para ajustarse al mundo externo. La actitud hacia el mundo externo es equili-

brada y está complementada por una actitud hacia el mundo interno. Ninguna de las dos está confusa o inadecuadamente desarrollada. La persona es capaz de adaptarse a las demandas que le hace la vida y mantener relaciones estables con el mundo social y natural que le rodean. Internamente existe un acceso constante y bien manejado a la fuente de energía e inspiración creadora. La adaptación interna y la adaptación externa son adecuadas para las exigencias de la vida.

¿Por qué la vida no es más a menudo así? De hecho, muchas personas experimentan algo parecido de vez en cuando durante sus vidas. Esos serían los buenos momentos en el trabajo y en el amor. Pero frecuentemente estos son solo intervalos de corta duración en un cuadro más bien marcado por los conflictos. Una razón de peso para esto es que nos desarrollamos de manera desigual y que en nuestra cultura contemporánea se le presta muy poca atención al verdadero desarrollo interior —aquello que Jung llamó «la cultura individual» por oposición a la cultura colectiva (basada en la persona). En nuestro fuero interno, la mayor parte de nosotros somos extremadamente primitivos. Solo cuando nos desprendemos de la persona y el *anima/us* abre las puertas hacia los estratos más profundos del inconsciente —cuando, por ejemplo en la mitad de la vida, el yo se siente desgarrado por el conflicto entre persona y *anima/us*— es cuando la necesidad de desarrollo interior se vuelve imperante y uno comienza a tomarla en serio. Si bien esto puede parecer un brote de neurosis, también puede ser una llamada a reanudar la individuación, y un desafío para llevar el viaje más profundamente hacia los caminos del desarrollo individual.

EL GÉNERO DEL «ANIMA» Y EL «ANIMUS»

Volviendo ahora al género del *anima* y el *animus*, vale la pena notar que estos son términos tomados del latín. Al igual que la mayoría de los europeos cultos de su época,

Jung conocía con fluidez las lenguas clásicas y le resultaba natural y conveniente utilizar esas fuentes para nombrar las figuras y estructuras de la psique. *Anima* significa «alma» en latín y *animus* significa «espíritu». (En alemán corresponden a *Seele* y *Geist*). No existe gran diferencia de significado entre estos dos términos en latín. Si pensamos en el «alma» (*anima*) que abandona el cuerpo en el momento de la muerte, tal como creían los griegos y los romanos, eso equivale a hablar de la partida del «espíritu» (*animus*). Con frecuencia se asocia «espíritu» con aliento o aire, y «capturar el último aliento» de una persona cuando abandona el cuerpo es capturar el alma de esa persona. Por lo tanto los términos «espíritu» y «alma» son prácticamente intercambiables. Ambas palabras hacen referencia también al mundo interno, a lo espiritual y a los sentimientos. Las preguntas que surgen con respecto al *anima* y el *animus* son: ¿qué clase de alma tengo?, ¿qué clase de espíritu?

Queda claro que Jung no está hablando del sentido religioso de la palabra «alma» cuando utiliza el término *anima*. No se refiere a la parte inmortal del ser humano, tal como hacen los escritos religiosos al utilizar ese término. Jung lo adapta a la psicología, y con él quiere referirse al lado oculto de la personalidad de un hombre. Asimismo, con el término *animus* no hace referencia a algo metafísico y trascendente —como el Espíritu Santo, por ejemplo— sino al lado reconocido de la personalidad de una mujer.

La terminación de las palabras indica una diferencia de género. Por su desinencia, *anima* es femenino y *animus* es masculino. (*Seele* y *Geist* en alemán son igualmente femenino y masculino respectivamente.) De modo que, al asignar estos términos, uno a los hombres y otro a las mujeres, Jung quería mostrar la diferencia fundamental (es decir, arquetípica) existente entre los sexos. Si bien solía decir que todos los seres humanos comparten los mismos arquetipos, en este caso afirma que los hombres tienen uno y las mujeres otro. Si esa no hubiese sido la intención de Jung, podría haber uti-

lizado el mismo término para ambos. O podría haber inventado un término como *anime*. Pero no lo hizo, y eso es significativo. ¿En qué manera y por qué hombres y mujeres son diferentes en este elemento interior esencial?

Jung argumenta que ambos géneros poseen componentes y cualidades tanto masculinos como femeninos. En algunos de sus escritos vincula esto con el hecho de que ambos poseen material genético masculino y femenino. Sus diferencias empíricas son meramente una cuestión de grado. En este planteamiento Jung es tal vez un «profeminista». Parece que siempre evitó dividir la especie humana en dos géneros claramente diferenciados con poco en común. En su teoría, tanto hombres como mujeres son a la vez masculinos y femeninos. Sin embargo, estas cualidades están repartidas de forma diferente. Y esta diferencia es arquetípica, no es cultural ni social. En otras palabras, no se trata de una diferencia que pueda eliminarse mediante cambios en la política social. En este sentido se aleja considerablemente de las feministas contemporáneas que pretenden que hay muy poca diferencia psicológica esencial entre hombres y mujeres, por no decir ninguna. Jung dice que los hombres son masculinos por fuera y femeninos por dentro, y que las mujeres son lo contrario. Las mujeres son receptivas y propensas a las relaciones en su «yo» y su «persona», y en cambio son duras y penetrantes en el otro lado de su personalidad; los hombres son fuertes y agresivos hacia afuera, y son blandos y propensos a las relaciones en su interior. Si retiramos las personas de los varones y mujeres adultos, la percepción del género se revierte. Las mujeres serán más duras y controladoras que los hombres, y los hombres serán más protectores y propensos a relacionarse que las mujeres.

Estadísticamente por lo menos, si es que no es así para cada individuo, la definición de Jung parece ser la regla. Si la política se guía por las percepciones a nivel de la persona, que es lo máximo que la gente está dispuesta a revelar en las encuestas, las campañas de los astutos candidatos a la fun-

ción pública se basan en la consideración de que para obtener los votos de las mujeres deben mostrar compasión, sentimiento y deseo de unidad y tolerancia; si van en busca de los votos de los hombres deben poder demostrar que poseen lógica, competitividad, firmeza y juicio moral.¹⁰ Por otro lado, según Jung, el mundo interno de los hombres y de las mujeres —su personalidad oculta, su otro sí mismo inconsciente— serían exactamente lo opuesto. En otras palabras, los seres humanos son más complejos de lo que hacen parecer la apariencia pública y las encuestas. Cuando las mujeres miran hacia adentro, se encuentran con lógica, competitividad, firmeza y juicio moral en grandes cantidades (y los revelan a aquellos que están íntimamente involucrados con ellas). Asimismo, los hombres muestran compasión, sentimiento, deseo de unidad y tolerancia. En realidad, es precisamente esa complejidad del ser humano lo que Jung trata de dilucidar con su teoría del *anima* y el *animus*.

En su definición de *anima* y *animus* del año 1921, Jung ofrece algunas generalizaciones a partir de su propia observación y experiencia. Estas nos brindan un atisbo de lo que sería su particular punto de vista en muchos de sus escritos posteriores. «En lo que respecta al carácter del *anima*, mi experiencia confirma la regla de que, en su conjunto, el *anima* es *complementaria* al carácter de la "persona". El *anima* suele contener todas aquellas cualidades genéricamente humanas que le faltan a la actitud consciente.»¹¹ Para ese momento aún no había introducido su noción de «sombra». Esta diferenciación entre sombra y *anima/us* sería contemplada más adelante, y la sombra absorbería muchos de los contenidos complementarios de la persona pero excluidos de la identidad consciente por ser incompatibles con su ima-

10. Visión de los hechos publicada en la revista *The New Yorker*, del 9 de septiembre de 1996, p. 34, en un momento en que los candidatos a la presidencia se preparaban para las elecciones venideras.

11. Jung, *op. cit.*, par. 804.

gen. En este párrafo, Jung reflexiona en el tipo de contrapersona que más adelante constituirá la sombra, y no en las actitudes complementarias hacia los objetos externos e internos. «El *anima* usualmente contiene todas aquellas cualidades genéricamente humanas que le faltan a la actitud consciente. Una figura típica es el tirano atormentado por pesadillas, sombríos presentimientos y angustias íntimas [...] su *anima* contiene todas aquellas fallidas y débiles cualidades humanas de las que carece la persona. Si la persona es intelectual, el *anima* es, con toda seguridad, sentimental».¹² Si bien esas características serán posteriormente atribuidas a la sombra, esta es la línea de pensamiento que lo conduce al tema del género: «La naturaleza complementaria del *anima* afecta también a la condición sexual, como he tenido ocasión de ver muchas veces y sin la menor duda. Una mujer muy femenina tiene un alma masculina, y un varón muy masculino tiene un alma femenina».¹³ La razón se debe al hecho de ver la estructura *anima/us* como complemento de la persona, por lo cual, los rasgos de género quedan incluídos y formando parte de su imagen. Si la «persona» de un hombre contiene las cualidades y características culturalmente asociadas con la masculinidad, los rasgos de personalidad que no resultan conformes con esa imagen serán reprimidos y se agruparán en el *anima*, que es la estructura complementaria inconsciente. El *anima* entonces contiene los rasgos que típicamente se identifican como femeninos en esa cultura. De allí que un hombre muy masculino en su «persona», sea a su vez femenino en el *anima*.

Pero ¿qué sucede con las mujeres que no son en exceso femeninas y con los hombres que no son muy masculinos en sus personas? ¿Acaso la mujer cuando no es muy femenina tiene un *animus* no masculino, y un hombre que no es muy masculino tiene un *anima* no femenina? Jung se vería obli-

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*

gado a dar seguimiento a esta línea de pensamiento tomando en cuenta sus premisas. Es posible que algunos individuos no estén muy polarizados internamente entre rasgos masculinos y femeninos. El estilo más andrógino de las últimas décadas se ha apartado claramente de la clásica polaridad de géneros entre machos agresivos y hembras pasivas. Las mujeres visten y se comportan de maneras más masculinas que las mujeres de generaciones anteriores, y muchos hombres son más femeninos en sus personas de lo que fueron sus antepasados. ¿Cómo afecta esto a las cualidades del *ánima* y el *ánimus*? A medida que cambian las imágenes colectivas predominantes con respecto al vestir y al comportamiento correcto para mujeres y varones, las imágenes internas del *ánima* y *ánimus* también se irán modificando. Según esta regla, todo lo que permanece fuera de la adaptación consciente a la cultura imperante en la que se desenvuelve el individuo va a ser sustraído al inconsciente para concentrarse alrededor de la estructura que Jung designó con el nombre de *ánima/ús*. Para un hombre extremadamente afeminado la actitud interna (*ánima*) tendrá cualidades más bien masculinas pues es lo que ha quedado fuera de la adaptación de la persona.

¿Qué significan entonces estas cualidades de género cuando se intenta definir la naturaleza y la cualidad de la actitud interna, es decir del *ánima* y *ánimus*? Lo masculino ha sido definido casi universalmente con adjetivos tales como activo, duro, penetrante, lógico, asertivo, dominante; lo femenino ha sido ampliamente definido como receptivo, suave, dador, nutricio, emocional, propenso a la relación y a la empatía. Ya se encuentren en un cuerpo de varón o de mujer, estas categorías de atributos suelen permanecer estables. La polémica gira alrededor de asociar esas categorías con el género. Algunas mujeres son más masculinas que femeninas en su persona, algunos hombres son más femeninos que masculinos, pero esto biológicamente no cambia sus géneros como varones o mujeres. Los términos chinos «yin» y «yang» son propuestas más adecuadas y neutras para estos grupos

de atributos y pueden utilizarse en lugar de los términos «masculino» y «femenino». En cualquier caso estamos hablando de las mismas cualidades. A partir de esto, Jung diría que la actitud interna muestra las cualidades que permanecen fuera de la persona: si un individuo es yang en la persona, él o ella será yin en la estructura *ánima/ús*. Sin embargo la actitud interna, como es inconsciente, está menos sujeta al control por parte del yo y es menos refinada y diferenciada que la persona. De tal manera que es un yang inferior lo que aparece en un individuo cuya persona está dominada por Yin, y es un Yin inferior lo que emerge en los momentos de distracción de una consciencia dominada por el yang.

Así pues, una mujer muy femenina tiene un alma masculina pero no del todo refinada. En su relación con el mundo tiene una actitud marcadamente femenina que podemos reconocer y describir como receptiva, cálida, nutricia y acogedora. Dentro de esa mujer existe una actitud interna muy diferente: es dura, crítica, agresiva, dominante. El rostro inferior de esa mujer de aspecto tan femenino revela una personalidad de acero. En forma similar, el hombre de aspecto muy masculino que se muestra directo, asertivo, desapegado y agresivo, lleva en sí mismo una personalidad interna sentimental, sensible, vulnerable y fácil de ofender. El hombre macho ama a su madre, ama a su hija, ama a su caballo, pero no se permite admitirlo (ni siquiera a sí mismo), y en público desdenará esos sentimientos aun cuando en privado puede que a veces se delate lloriqueando frente a un vaso de whisky. «Este contraste se debe al hecho de que un hombre no es en todas sus cosas totalmente masculino, sino que posee ciertos rasgos femeninos. Cuanto más masculina sea su actitud externa, más obturados estarán sus rasgos femeninos que se harán entonces presentes en su inconsciente. Esto explica por qué son justamente aquellos hombres tan viriles los que más caen presa de una debilidad característica; su actitud femenina inconsciente tiene una debilidad y una imitabilidad que no concuerda con lo que se espera de lo

masculino. Del mismo modo, suele suceder con las mujeres más femeninas que en su vida privada despliegan una obstinación, una intolerancia y una voluntariedad que solo se encuentra con la misma intensidad en la actitud externa de un hombre. Se trata de rasgos masculinos que, al haber sido excluidos de la actitud externa esperada de una mujer, se han convertido en cualidades de su alma.¹⁴ Es obvio que Jung no se refiere aquí a lo masculino y lo femenino internos en sus formas más elevadas y desarrolladas, sino más bien a caricaturas, a versiones inferiores de la masculinidad y feminidad basadas en los aspectos no desarrollados de la personalidad individual.

EL DESARROLLO DEL «ANIMA/US»

Es precisamente debido a esa inferioridad y a esa falta de desarrollo que el *anima* y *animus* reciben tanto potencial para el ulterior desarrollo en la psique. Dado el hecho de que la persona está basada en características y valores colectivos —aquello que es bien visto en la manera de comportarse de varones y mujeres en un determinado momento de una cultura— el potencial para llegar a ser único como individuo no reside en la persona sino en otro lugar de la psique. Mientras la consciencia del yo de un individuo permanece identificada con la persona y se sienta una con ella, no habrá lugar para la expresión de la individualidad y para las cualidades de la personalidad ajenas a las imágenes y expectativas colectivas. El impulso para ser un individuo está suprimido (o reprimido) en aras de la adaptación, para poder «pertener». Lo que las características individuales pueden llegar a ser en un caso específico, no puede ser determinado examinando la persona. Puede que estén en parte incluidas en la presentación de la persona o puede que estén completamente excluidas. «Esta

14. *Ibid.*

es una regla básica que en mi experiencia se ha confirmado una y otra vez [...] en lo que se refiere a las cualidades individuales, nada se puede deducir [a partir de la persona] [...]. Lo único cierto es que, si alguien es idéntico a su persona, sus cualidades individuales estarán asociadas al *anima*».¹⁵

Ese es el hombre con el traje gris, que toma el tren todas las mañanas para ir al trabajo y está tan estrechamente identificado con su papel colectivo que no posee personalidad alguna fuera de ese marco. Su unicidad inherente se mostrará en el *anima*: es posible que (tal vez en secreto) se sienta atraído por mujeres nada convencionales porque son portadoras de su proyección de *anima*; ellas son el retrato de su alma, son las que captan su espíritu de aventura y su osadía. Y precisamente la misma regla se aplica a las mujeres: cuando son colectivas y convencionales en su presentación a través de su persona, albergan un amante secreto en su interior (a menudo inconsciente para ellas) que es cualquier cosa menos el retrato de su compañero convencional. Cuando esa figura aparece, quedan como hechizadas queriendo entregarse sin reparo alguno. No es difícil observar esta regla fundamental de la psique en el vivir de cada quien, así como aparece en innumerables novelas, óperas y películas. El resultado de un encuentro real con alguien que es portador de una proyección de *anima* o *animus* «con frecuencia provoca la aparición en sueños de símbolos de preñez psíquica, un símbolo que apunta hacia la imagen primordial del nacimiento del héroe. El niño que está por nacer significa la individualidad que, si bien está presente, aún no es consciente».¹⁶ El verdadero propósito psíquico de la aventura del hombre convencional con su «no convencional mujer *anima*» estriba en producir un niño simbólico, que representa una unión de opuestos en su personalidad y por ende un símbolo del sí mismo.

El encuentro del yo con el *anima* o *animus* fue conside-

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

rado por Jung como de gran riqueza potencial para el desarrollo psicológico. El encuentro con el *anima/us* representa una conexión con el inconsciente incluso a nivel aún más profundo que el de la sombra. En el caso de la sombra, se trata de un encuentro con aquellas porciones de la psique total que han sido desdenadas y rechazadas, esas cualidades inferiores e indeseables. En el encuentro con el *anima/us*, se produce un contacto con niveles de la psique que tienen el potencial de conducir al yo hasta los confines más remotos y profundos que se pueden alcanzar.

Sin embargo, para poder darle curso a esa intuición, Jung tuvo que cambiar el rumbo y reemprender la definición de la naturaleza del *anima/us*. Por lo general, la sombra no conduce mucho más allá de los aspectos de la psique que han sido rechazados por la persona, a menos que ella sea la vía para un encuentro con la maldad absoluta. La estructura del *anima/us*, por otro lado, tiene el potencial de establecer un puente hacia el sí mismo, un alcance mucho mayor. El *anima/us* no puede ser simplemente lo opuesto de la persona, una suerte de reflejo en negativo de las actitudes colectivas del momento. Debe estar más profundamente anclado en el inconsciente colectivo y en las estructuras del arquetipo y de la imagen arquetípica. Sus raíces deben extenderse más hacia afuera y hundirse más hacia las profundidades que la sombra. En 1921, Jung apenas comenzaba a seguirle la pista a los territorios más lejanos del inconsciente colectivo y nos vislumbra parte de lo que viene al decir: «De igual modo que la persona, en cuanto expresión de la adaptación al ambiente está por lo general influida y conformada por este, así también el *anima* está fuertemente determinada por el inconsciente y sus cualidades». ¹⁷ En este pasaje el concepto de *anima* cambia escasamente pero de manera muy significativa. En lugar de ser simplemente el complemento de la persona, y por ende estar considerablemente moldeada y coloreada

17. *Ibid.*

por lo que se encuentra en la persona, el *anima* ahora aparece moldeada por el inconsciente y sus cualidades. Más adelante, cuando Jung pasa a concebir el *animus* y el *anima* como imágenes arquetípicas que adquieren su forma a partir del extremo espiritual del espectro psíquico (véase el capítulo 4), llega entonces a la conclusión de que el *anima/us* está conformado más por el arquetipo que por el consenso colectivo del momento. El *anima* y el *animus* habrán de devenir formas perdurables de la psique, fuerzas que dan forma a la psique a la vez que la psique les da forma a ellas, elementos dinámicos que pueden quebrar las formas culturales e imponer sus propios proyectos a un yo sorprendido y a veces poco dispuesto a aceptarlos.

«Todo hombre lleva consigo la imagen eterna de la mujer; no la imagen de esta o aquella mujer en particular, sino una imagen femenina definitiva», ¹⁸ escribe Jung en 1925, en un ensayo sobre el matrimonio. Esa es la definición de *anima* que se ha vuelto más o menos la norma de referencia en psicología analítica. En esa frase Jung está apuntando a la naturaleza arquetípica del *anima/us*, y ha dejado de lado la forma en que esta actitud interna resulta complementaria de la persona. En el texto continúa diciendo que se trata de «un factor hereditario de origen primordial» y propone una imagen de la mujer *tal como se le aparece al hombre* y no tal como es en sí misma. Asimismo, el *animus* es la imagen interior que tiene la mujer de la personalidad masculina. Las imágenes, pensamientos y consideraciones generadas por estas estructuras internas se encuentran en la base de todas las confusiones y ofuscaciones entre hombres y mujeres. No se entienden los unos con las otras porque con demasiada frecuencia se relacionan con *imágenes* del otro sexo y no con gente real. Resulta evidente cómo estas estructuras internas pueden distorsionar la realidad provocando malentendidos entre individuos que pueden ser bastante racionales y de

18. Jung, *Collected Works*, vol. 17, par. 338.

buenas intenciones. Las imágenes masculinas y femeninas albergadas en el inconsciente de cada género (sexo) son primordiales y relativamente inalterables por las circunstancias históricas y culturales. Se acercan a imágenes permanentemente estables que repiten sus retratos en las psiques humanas individuales de generación en generación. Lo que confundió a Platón y a Sócrates con respecto a las mujeres es la misma imagen de *ánima* que constituye un peligro latente para los hombres de hoy en día. Asimismo, las expectativas y añoranzas que llenaban el corazón de María Magdalena siguen infiltrándose en la consciencia de las mujeres modernas a pesar de las enormes distancias culturales y sociales que las separan. El *ánima/us* es la gran creadora de ilusión que produce risas entre dientes para los aburridos y corazones rotos para los ingenuos.

«El factor de proyección por excelencia es el *ánima*, o el inconsciente representado por ella»,¹⁹ escribe Jung en 1950 desde la perspectiva de su avanzada edad en *Aion*, obra en la cual trata una vez más de ofrecer una definición de este elusivo factor interno. Jung siempre planteó que las proyecciones eran creadas por el inconsciente y no por el yo. No somos responsables de nuestras proyecciones, pero sí somos responsables de tomar consciencia de ellas, retirarlas y analizarlas. Las proyecciones ocurren espontáneamente y crean una visión del mundo y de la realidad que está basada en imágenes y estructuras inconscientes en lugar de estar basadas en percepciones comprobadas de la realidad. Ahora Jung ubica el origen de todas las proyecciones en el *ánima/us*, resaltando así la naturaleza dinámica de este factor psíquico.

Todos estamos constantemente proyectando, y nuestra visión del mundo, de la vida, de otras personas y de la manera en que se construye el mundo está en gran parte constituida por contenidos inconscientes que son proyectados al entorno y luego tomados por verdades absolutas. El *ani-*

19. Jung, *Collected Works*, vol. 9/11, par. 26.

ma/us, dice Jung en este pasaje, es como Maya, la diosa de la India que crea mundos ilusorios, y el yo termina habitando en un mundo constituido en gran parte por proyecciones. Jung aprendió esto en un primer momento, no a través del estudio de las religiones orientales, sino por su experiencia personal y directa como psiquiatra y analista. Es sorprendente darse cuenta de cuán distorsionado puede ser el punto de vista de algunas personas. Y es igualmente asombroso ver cómo todos nosotros creemos plenamente en nuestra visión de las cosas aun cuando encontremos en ella serios fallos. No es frecuente que cuestionemos los postulados básicos.

ELEVAR LA CONSCIENCIA CON EL «ANIMA/US»

La imagen del *ánima/us*, basada en las estructuras arquetípicas subyacentes en la psique, adquiere una forma particular al ser filtrada por el sistema psíquico y percibida por la consciencia del yo. Si la imagen de la sombra infunde miedo y espanto, la imagen del *ánima/us* suele traer consigo excitación y estimula el deseo de unión: genera atracción. Allí donde se encuentra el *ánima/us* es donde queremos estar, queremos ser parte de eso, queremos incluínos, si no somos demasiado tímidos o temerosos de la aventura. La carga carismática que electriza a un público cuando cae bajo el encanto de un gran orador, convoca al *ánima/us* y constela su presencia. El público quiere creer y los individuos responden al toque de clarín que llama a la acción. Se crea una cierta percepción de la realidad y se responde con convicción al poderoso comando emocional del *ánima/us*. El *ánima/us* es, por tanto, un elemento transformador.

Para los fines del desarrollo psicológico y el aumento de la consciencia, sin embargo, la acción esencial del yo consiste en entablar un proceso dialéctico con el *ánima/us* y no en gancharse de inmediato con una llamada a la acción. Este proceso de diálogo y confrontación Jung lo llamó *Auseinan-*

dersetzung, una palabra alemana que significa literalmente «separar algo en pedazos» y que hace referencia al proceso que se desarrolla cuando dos personas entablan con firmeza un diálogo o una negociación, sin que ninguno de los dos huya ante la confrontación. Cuando se enfrentan cara a cara y sacan lo que tienen que sacar, ya sea física o verbalmente, las discrepancias entre ambos, que en un principio se presentaban de manera burda y poco articulada, comienzan a diferenciarse. Se trazan líneas, se hacen distinciones y, eventualmente, se logra la claridad. Lo que comenzó como una confrontación altamente emocional se va transformando en una relación consciente entre dos personalidades muy diferentes. Tal vez se alcance un acuerdo, se defina y se firme un contrato.

Lo mismo ocurre en el encuentro entre el yo y el *anima/us*. Ese es el trabajo de hacer consciencia, de percatarse de las proyecciones, de desafiar nuestras más románticas y resguardadas ilusiones. Empezar un *Anseinandersetzung* con el *anima/us* equivale a desarmar el mundo ilusorio de la fantasía inconsciente. Es también darse permiso de experimentar más profundamente los altibajos del propio universo mental, las suposiciones inconscientes que nos mantienen hambrientos cuando ya estamos sobrealimentados, que nos mantienen deseosos cuando ya deberíamos estar satisfechos, que nos llevan a repetir una y otra vez aquellos patrones emocionalmente sobrecargados y sometidos a las férreas cadenas de las secuencias estímulo/respuesta. Torres y dragones, mitos y cuentos de hadas, exceso romántico y recriminaciones sarcásticas, todos forman parte del mundo consuetudinario en nuestras interioridades psíquicas por el *anima/us*. Lo más que podemos hacer es fingir una renuncia mientras nos aferramos con tenacidad a nuestros más preciados autoengaños y a nuestras ilusiones. «Lo que de ellos [el *anima* y el *animus*] podemos descubrir desde la consciencia es tan sutil que apenas alcanza el límite de la perceptibilidad. Solo cuando iluminamos la profundidad oscura y exploramos psi-

cológicamente las intrincadas y extrañas vías del destino humano, se va tornando cada vez más claro cuán grande es el influjo de esos dos factores que complementan nuestra vida consciente». ²⁰ Es probable que esta sea una respuesta a Freud, quien sostenía que el carácter era el destino del hombre. A la manera de ver de Jung, el hado es el *anima/us*. Somos conducidos hacia nuestro destino por imágenes de poderes arquetípicos que en buen grado superan nuestro conocimiento consciente o nuestra voluntad.

En *Aion*, que puede ser considerado como el texto fundamental sobre el *anima/us* en la obra de Jung, también reconoce la cualidad central de la relación en el proceso de traer a la consciencia ese territorio oculto de nuestra psique. «Quisiera destacar —escribe—, que la [...] sombra solo puede ser asequible por medio de una relación de enfrentamiento con otro; y el *animus* o el *anima* solo pueden serlo en relación con una pareja del sexo opuesto, pues solo entonces operan sus proyecciones». ²¹ Como dije antes, puede ser necesario revisar este punto a la luz de los desarrollos contemporáneos de la identidad sexual, donde hemos visto que algunas veces las imágenes del *anima/us* recaen sobre personas del mismo sexo. Sin embargo, el asunto es que estos desarrollos de la consciencia se hacen posibles en las relaciones emocionales. El hacer consciencia no es un proyecto que se lleva a cabo en el aislamiento, aun cuando requiera de mucha introspección para que alcance su pleno florecimiento. Pero la experiencia debe preceder el discernimiento. La sombra se experimenta mediante la proyección sobre alguien que captura aquellas características del inconsciente personal. De manera similar, el *anima/us* es capturada por una proyección sobre una persona que posee en buena medida sus características y rasgos, una persona que puede evocar la respuesta de este sector del inconsciente. Cuando esto ocurre,

20. *Ibid.*, par. 41.

21. *Ibid.*, par. 42.

continúa diciendo Jung, la constelación psíquica es tal que tres figuras se tornan relevantes: «Con el reconocimiento del *anima*, surge en el varón una triada en las que uno es trascendente; a saber: el sujeto masculino, el opuesto sujeto femenino, y el *anima* trascendente. En la mujer ocurre de modo análogo con las correspondencias invertidas». ²² Esto implica un considerable nivel de consciencia ya que por lo general el portador de la proyección y la proyección están amalgamados, es decir, que el *anima/us* y el otro sujeto parecen ser uno. En estas líneas Jung introduce un cierto grado de separación, hasta tal punto que se da 1) un yo consciente con su propia subjetividad personal, 2) otra persona, la pareja, con su propio yo y subjetividad personal, y 3) la imagen arquetípica del *anima/us*. Esta triada, nos dice Jung, se completa con una cuarta figura, el Viejo Sabio en el caso del hombre y la Madre Crónica en la mujer. El *anima/us* y las figuras de la sabiduría son trascendentes, en el sentido de que pertenecen esencialmente al inconsciente y se originan en el ámbito del espíritu, mientras el yo y la pareja son las personas conscientes involucradas en la relación emocional que ha estimulado esta constelación. En presencia de este cuaternario, encontramos la experiencia numinosa del sí mismo, como una relación. A condición de que haya suficiente consciencia como para ver la diferencia entre las características humanas y las arquetípicas de la situación de amor y atracción, la opor-tunidad está dada para que ocurra una vivencia plena del sí mismo (véase el capítulo 7).

Lo que complica las cosas es que esta experiencia del *anima/us* —en proyección— sucede en diversas etapas de maduración psicológica de los individuos. Si de fascinación y enamoramiento se trata, esto puede ocurrir en la infancia entre padres e hijos; luego ocurre de nuevo (clásica e intensamente) en la adolescencia; y, afortunadamente, sigue ocurriendo a medida que las personas avanzan hacia la edad adulta. Inclu-

22. *Ibid.*

sive continúa en la vejez (se dice que Goethe, ya avanzado en sus setenta años, susurró una oración de agradecimiento por haber podido enamorarse de una mujer joven). El *anima/us* es algo eternamente activo en la vida psicológica y su ausencia define la naturaleza de la depresión. Más allá de la sexualidad del cuerpo, se trata de la sexualidad de la psique. Comienza antes de que el organismo físico esté preparado para la experiencia sexual y sigue estando vibrantemente activo más allá de la capacidad del cuerpo físico de llevar a cabo los rigores del acto sexual. Sin embargo, para obtener el pleno beneficio psicológico de la experiencia del *anima/us*, un individuo debe haber alcanzado un nivel poco usual de consciencia. La capacidad de diferenciar entre la proyección y el que carga la proyección, entre fantasía y realidad, es de hecho bastante inusual. De modo que la realización de lo que dice Jung —ese cuaternario que constituye la constelación y la realización de los rasgos trascendentes de la experiencia— está reservada a unos pocos individuos que poseen el sutil discernimiento psicológico atribuido a los maestros del Kundalini y a otros por el mismo estilo. Para los demás, el *anima/us* es Maya, la creadora de ilusiones, la mistificadora, tramposa y siempre evasiva imagen de la amada inmortal. Ver a través del juego de ilusiones del *anima/us* sin reconocer las figuras trascendentes que están obrando conduce al cinismo y a la desesperación. El *anima* es realmente *la belle dame sans merci* («la bella dama despiadada»).

SEXUALIDAD Y RELACIONES

No sin razón muchas personas se mantienen alejadas de los escollos de la experiencia del *anima/us*. Las defensas del yo mantienen a raya semejante tentación. Los niños escapan de las niñas que son demasiado poderosas y atractivas, intuyendo la propia incapacidad de dar la talla en el reto. Los hombres adultos a veces son lo suficientemente sabios como para

hacer lo mismo, puesto que el *anima* es una desbaratadora de matrimonios y carreras convencionales. Las mujeres también se resisten a la llamada del *animus* dionisiaco que las atrae hacia el éxtasis y promesas de plenitud al abandonarse al amor, puesto que allí también yacen los peligros de desmembramiento y locura. No deja de haber motivos para que muchos hayan rezado para que se les liberara de las tentaciones que superan su capacidad de sobrepasarla. Una de las ilustraciones preferidas por Jung acerca del poder del *anima* era la novela *Ella* de Rider Haggard, una obra de segunda desde el punto de vista literario pero que describe a una inmortal *femme fatale* que vive oculta en la selva africana y cuyas órdenes deben ser obedecidas. («Ella a quien hay que obedecer» no es solamente un apelativo humorístico para la esposa mandona del Señor Pérez; la frase en realidad proviene de la novela de Haggard). Ella es una diosa que eternamente muere y resucita y guía a los hombres hasta las llamas de la pasión y finalmente hacia su destrucción. Pero Jung también sintió que si uno es capaz de soportar el fuego de la emoción y la pasión puede salir transformado. La experiencia del arquetipo, del inconsciente colectivo y sus poderes, puede llevarlo a uno a un nuevo estado de consciencia en el cual la realidad de la psique se hace tan convincente para el yo como la realidad del mundo material para los sentidos. El *anima/us*, una vez experimentado como trascendente y reconocido como Maya, se convierte en el puente hacia una comprensión del mundo totalmente nueva. La experiencia del *anima/us* es la *Via Regia* hacia el sí mismo.

La teoría del *anima/us* de Jung parece ser en parte una variante muy imaginativa del viejo tema de Freud de la sexualidad como fuente central de la libido. Pero en la sexualidad humana Jung ve mucho más que animales en celo tratando de aliviar su tensión u obtener placer. Existen elementos psíquicos de atracción en la sexualidad y cuando estos se diferencian de la actividad biológica acompañante, emerge una imagen. Dicha imagen es un hecho psíquico que se origina

en el extremo arquetípico del espectro psíquico y que está ligada al instinto sexual. Es esta combinación lo que le da al *anima/us* su poder de impulso físico.

La sexualidad humana está guiada por la imagen arquetípica, pero la imagen no puede ser reducida al impulso. Nos sentimos atraídos hacia ciertas personas. ¿Por qué escogemos a esta persona como pareja y no a otra? Lo que determina la elección serían las imágenes proyectadas. Típicamente, «al *animus* le gusta proyectarse sobre "intelectuales" y todo tipo de "héroes" como tenores, artistas, celebridades deportivas, etcétera. El *anima* tiene predilección por todo lo que es inconsciente, oscuro, equívoco y desapegado en la mujer, así como también por su vanidad, frigidez, desamparo, y así sucesivamente».²³ ¿Por qué será que las mujeres difíciles atraen tanto a los hombres y con tanta facilidad? ¿Por qué será que las mujeres fuertes suelen no atraer a los hombres? Jung sugiere que esa predilección por las mujeres débiles y desamparadas está basada en una proyección del *anima*, puesto que en el inconsciente de un individuo con una fuerte identificación masculina el *anima* es indiferenciada e inferior. La vieja sabiduría le dice a las mujeres, para atraer a un hombre «¡muéstrate desamparada!». El *anima* representa el lado no desarrollado de un hombre, ese lado inconsciente en el que se siente desamparado, sin agarras, oscuro y equívoco. Y eso es lo que le atrae. De manera similar, las mujeres fuertes a menudo se sentirán atraídas por hombres débiles, a veces fatídicamente, y se llenarán de fantasías de que los van a salvar de su alcoholismo o alguna otra decrepitud. Nuevamente, van en búsqueda de una parte extraviada de ellas mismas, el *animus*, quien se hace presente como un varón débil por medio de una proyección. En cambio, si se trata de una mujer débil y desamparada, es probable que su inconsciente compense mediante imágenes de competencia masculina, y ella se verá desesperadamente atraída por el portador de una proyección de *animus* heroico.

Una vez que dos personas se juntan y pasan algún tiempo en compañía la una de la otra, en la medida que progresa la relación comienzan a mostrar otras características típicas del *anima/ús*. En una relación íntima, no solamente los «yo» de las parejas entran en la mezcolanza de psiques; las partes inconscientes del uno y del otro también intervienen y en esto el *anima* y el *animus* juegan un papel importante. Han estado allí todo el tiempo, suministrando los elementos de atracción para ambos en la pareja. Pero ahora puede que aparezcan bajo una luz totalmente nueva y distinta a lo que se veía durante la etapa del enamoramiento. Leamos a Jung, el psicólogo realista, que describe esa situación: «Ningún varón puede entrar en conversación, aunque sea solo por cinco minutos, con un *animus* sin caer víctima de su propia *anima*. Quien entonces tuviese bastante humor para escuchar el diálogo con objetividad, quedaría estupefacto ante la abrumadora cantidad de lugares comunes, perogrulladas, torcidamente esgrimidas, frases de periódico o novela, trivialidades invendibles de todo tipo junto con ordinarios insultos y una estremecedora falta de lógica. Este es un diálogo, que independientemente de sus participantes, es repetido millones y millones de veces en todos los idiomas del mundo y siempre permanece esencialmente igual».²⁴ Por parte del hombre, el *anima* se vuelve quisquillosa, hipersensible y emotiva; por la de la mujer, el *animus* se vuelve abusador, inflado de poder y testarudo en sus opiniones. No es un cuadro muy bonito que digamos y sin duda presenta un fuerte contraste con la versión más romántica del *mysterium coniunctionis* («unión mística») de los cuentos y canciones. Un miembro de la pareja está poseído por el *animus* —una colección indiferenciada de opiniones motivadas por un complejo de poder— y el otro se retira dentro de un estado de ánimo igualmente indiferenciado y gobernado por la necesidad de amor. Uno es dogmático y el otro se vuelve retraído o emotivo y comien-

24. Jung, *Collected Works*, vol. 9/II, par. 29.

za a lanzar cosas al aire. Es una típica pelea entre el perro y el gato; *anima* enfrentada con *animus*.

Si la emotividad y las calumnias, las altas temperaturas y los fuegos artificiales logran calmarse un poco, existe la posibilidad de que se hayan dicho cosas que pueden resultar importantes para la pareja. Una vez que los egos retoman su lugar normal, puede que se den cuenta de que ha sucedido algún evento trascendental. Puede que lo que se dijo no fue-se muy personal. Se trataba más bien de algo colectivo, tal vez algo arquetípico y universal. Puede que exista una semilla de sabiduría escondida en la oscura masa de material que hizo erupción en cada miembro de la pareja. Es probable que algunas aclaratorias y reflexiones profundas emerjan de la tormenta que acaba de pasar. Este sería el trabajo de hacer consciencia, pasando a un nivel que está por encima de la emotividad y alcanzar así el discernimiento y la empatía. Cuando menos, se habrá logrado vislumbrar las profundidades de uno mismo y del otro con un breve vistazo a esas emociones distantes que usualmente permanecen escondidas por la «persona» socialmente bien adaptada.

Por supuesto que tendría sentido dar una mirada por la vida del mismo Jung para amplificar un poco más el significado que tenía para él la figura del *anima*. Pero eso va más allá del alcance de este estudio. Yo utilicé algunos fragmentos de su autobiografía y, por otra parte, están por publicarse nuevos trabajos biográficos que describen más plenamente sus profundas relaciones con las mujeres. En una ocasión Jung afirmó que toda teoría psicológica es a la vez una confesión personal, y esto resulta particularmente cierto en esas áreas que atañen a las personalidades y figuras internas de la psique tales como la sombra, el *anima/ús* y el sí mismo. Estos conceptos y teorías abstractas se basaron en experiencias psicológicas concretas, muchas de las cuales fueron interpersonales y no solo privadas y solitarias. Con respecto al *anima*, esta fue para Jung a la vez una realidad interna viva, verdadera figura interior de primer rango y una poderosa